



Universidad  
Nacional  
de Rosario

Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

Envejecer en la sociedad del *anti-age*

Modalidad de presentación: Ensayo

Autora: Bravi, Lara Andrea

Legajo: B-5604/9

Docente responsable: Di Renzo, Gabriela Maria

Año: 2023

#### AGRADECIMIENTOS

A mis padres, por darme la posibilidad de elegir una carrera, respetando mis intereses y decisiones, y por su amorosa disponibilidad para acompañarme en este camino. A mi mamá, por transmitirme la ternura como parte fundamental de la escucha, y a mi papá por enseñarme lo valioso del humor y el disfrute de las pequeñas cosas.

A mi hermano, Lucas, quién siempre supo manejarse con soltura en el rol de hermano mayor, por ser mi sostén en la ciudad cuando todo era nuevo para mí. Por su paciencia y su capacidad de transmitir tranquilidad en momentos difíciles y por las risas que alivianan cualquier carga.

A Andy, por el amor y la ternura, y por acompañarme en cada paso con su escucha lúcida y curiosa. Por enseñarme, entre otras tantas cosas, que se puede estar presente incluso desde el silencio.

A mis amigas de toda la vida, con quienes construimos un vínculo que trasciende la frecuencia de los encuentros. Por encontrar la manera de estar siempre presentes y por hacer de la alegría de una, la alegría de todas.

A mis amigxs de la facultad, porque el tránsito por la carrera no hubiese sido lo mismo sin ellxs y porque ya son parte indispensable de mi vida. Agradezco por todos los encuentros repletos de intercambios y de preguntas, por enseñarme el valor de pensar y construir en conjunto.

A Gabriela Di Renzo, docente responsable de este trabajo, por haberme transmitido desde sus clases el interés por esta temática y por acompañarme en la escritura con suma dedicación y compromiso.

Por último, pero no menos importante, a la Universidad Nacional de Rosario y a la Facultad de Psicología, que me permitieron formarme en la carrera que elegí y, al mismo tiempo, aprender el valor de lo colectivo y la importancia de la educación pública.

## ÍNDICE

### RESUMEN 2

INTRODUCCIÓN 3 I. Un cuerpo conflictivo 4 II. Un cuerpo anti-age 5 III. Un cuerpo que envejece 8 IV. Un cuerpo a lo Dorian Gray 10 V. Un cuerpo en construcción 12

REFLEXIONES FINALES 14 REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS 16

## RESUMEN

Uno de los desafíos que implica el envejecimiento es aquel que se inaugura cuando el paso del tiempo comienza a dejar sus marcas sobre el cuerpo. La imagen en el espejo comienza a mostrar sus diferencias respecto a la de la juventud y esto moviliza un trabajo de elaboración psíquica que se verá fuertemente influenciado por el imaginario social y sus representaciones en torno al cuerpo envejecido. La idealización del cuerpo joven y el rechazo al cuerpo viejo, abren paso a la medicalización y la mercantilización, bajo la denominación de lo “*anti-age*”. El objetivo de este ensayo es reflexionar acerca de estas representaciones sociales y articularlas con el trabajo psíquico que conlleva el envejecer, bajo la premisa de que el imaginario social incide sobre las modalidades de relación con el cuerpo en la vejez. Para ello, realizamos un recorrido por los principales desarrollos del psicoanálisis acerca del cuerpo, problematizando la idea del cuerpo viejo como conflictivo,

idea que es utilizada por el mercado en tanto promete que el conflicto se resuelve evitando verse viejo. A partir de esta lectura, retomamos los conceptos de narcisismo y siniestro, entre otros, para pensar el envejecimiento saludable y patológico. Concluimos planteando la importancia de un trabajo de prevención, el cual supone historizar la relación con el cuerpo para entender el posicionamiento subjetivo frente al cuerpo que envejece. Es desde allí que podrán interrogarse los discursos de época y duelar aquel cuerpo *anti-age*, para habitar un cuerpo que envejece, con la potencia del deseo vigente.

PALABRAS CLAVE: Cuerpo - Adulthood mayor - Envejecimiento - Imaginario social - Narcisismo.

## INTRODUCCIÓN

El presente ensayo aborda la temática del cuerpo en la adultez mayor. El proceso de envejecimiento nos confronta con lo que se nos aparece como un cuerpo nuevo, no sólo en lo que respecta al impacto de los cambios a nivel anatómico y fisiológico, sino también en relación a la imagen, una imagen en la que comienzan a reflejarse las marcas del paso del tiempo. Se trata del encuentro (o desencuentro) con un cuerpo que ya no es el mismo que el de la juventud, lo cual supone un trabajo de elaboración psíquica.

Esta temática ha sido ampliamente tratada desde una perspectiva biológica o neuropsicológica, centrada en el deterioro o las patologías. Sin embargo, son pocos los desarrollos que alientan una mirada crítica sobre las representaciones sociales construidas en torno al cuerpo envejecido, así como tampoco abundan las teorizaciones

psicoanalíticas sobre el tema, que podrían echar luz desde sus conceptualizaciones en relación al cuerpo, el narcisismo o incluso el duelo. Es por esto que nos interesa pensar y problematizar las articulaciones del trabajo psíquico que conlleva el envejecer en relación al imaginario social de la época respecto a los adultos mayores en general y al cuerpo envejecido en particular.

Hemos decidido designar a este imaginario epocal como “sociedad del *anti-age*”. En la actualidad somos testigos y consumidores de toda una serie de discursos que se sostienen en la idealización del cuerpo joven, activo, rendidor, pero sobre todo, en el rechazo al cuerpo viejo, constituyéndose un terreno fértil para la medicalización y las ofertas del mercado. Sin embargo, no somos meros receptores pasivos de una imposición externa, más bien, son nuestras representaciones respecto a lo que implica envejecer las que nos constituyen como condición de posibilidad para el montaje de esta gran industria del anti-envejecimiento.

Es por eso que la premisa que guiará este ensayo será que el imaginario social actual, con sus condiciones discursivas, incide sobre las modalidades de relación con el cuerpo en la vejez, dificultando su elaboración psíquica. Nos proponemos reflexionar sobre tales representaciones sociales, así como también formular algunos interrogantes en torno a las conceptualizaciones psicoanalíticas sobre el envejecimiento y sus marcas en el cuerpo. Consideramos que se trata de una temática relevante para nuestro campo, en tanto la relación con el cuerpo tendrá una gran influencia en la calidad de vida de los adultos mayores, esto es, en sus formas de transitar la cotidianeidad, de enfrentar los desafíos e incluso de relacionarse con los otros.

## I. Un cuerpo conflictivo

La pregunta por el cuerpo en la adultez mayor suele suscitar respuestas que, disfrazadas de sentido común, esconden toda una serie de temores, prejuicios y concepciones deficitarias de la vejez. Se trata de representaciones sociales que instalan una mirada homogeneizadora respecto a lo que cabe esperar, lo *normal*, en este momento de la vida, borrando las singularidades o siendo estas postuladas como casos excepcionales. En relación al cuerpo, este se suele representar como cuerpo enfermo,

que genera rechazo o disgusto al reflejarse en el espejo.

Desde este sentido común, hecho a base de representaciones estigmatizantes, nos veríamos tentados a decir que el conflicto con el cuerpo es exclusivo de los adultos mayores, que este se vuelve un problema a medida que vamos envejeciendo. De allí que “todo tiempo pasado fue mejor” se asocia rápidamente con “...porque los años no vienen solos”. Sin embargo, desde la perspectiva psicoanalítica podemos pensar que la relación con el cuerpo es conflictiva para todo sujeto. Es decir, hay una dificultad intrínseca en el hecho de tener un cuerpo. Esto no implica desconocer que el paso del tiempo impacta en él y deja sus marcas, pero nos invita a pensar más allá, para entender la complejidad que supone la relación con el cuerpo.

En este sentido, desde el origen mismo del psicoanálisis el cuerpo tiene un lugar fundamental. En el encuentro con sus pacientes histéricas, Freud (1979) hace un desplazamiento desde la mirada a la escucha, desde el organismo biológico al cuerpo entendido como erógeno, situando así sus diferencias con respecto a la medicina de la época. Hasta entonces, la imposibilidad de localizar la causa de la sintomatología en lo orgánico, convertía a las histéricas en simuladoras y, por lo tanto, nada tenía que hacer la psiquiatría allí. La experiencia de estudiar con Charcot, le permite desarrollar a Freud una lectura inédita, en tanto se interesa por el decir de estas pacientes. A partir de ese decir podrá rastrearse lo no dicho y llegar al sentido de los síntomas, hasta entonces inconsciente.

De esta manera, los síntomas histéricos pasan a ser el eco del inconsciente en el cuerpo. Desde aquel momento, la experiencia analítica nos muestra que hay algo del cuerpo que no se sabe, que escapa a nuestro control y nos resulta ajeno. Ahora bien, ¿qué implicancias tiene la distinción entre organismo y cuerpo?

Soler (1993), en su lectura de Lacan, afirma que no venimos al mundo con un cuerpo ya que lo viviente, para el psicoanálisis, no es sinónimo de cuerpo. De esta manera, la autora esclarece la idea de que el cuerpo se construye, no nacemos con él sino que llegamos a tenerlo. Podemos rastrear esta concepción en Freud (1979), particularmente en *Introducción del Narcisismo*, cuando plantea que “es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado” (p. 74). Para ello, será necesario que este sea tomado como objeto libidinal, esto es, constituirse como objeto de deseo para el Otro. Freud lo explica de manera muy gráfica cuando refiere a *His Majesty the Baby*, refiriéndose a aquel lugar privilegiado en que los padres ponen a su hijo, de perfección pura, lugar que se erige como ideal.

Por su parte, podemos leer esta idea en Lacan (2009) ya desde el *Estadio del Espejo*: el infante frente al espejo nos muestra la dialéctica entre la prematuración del organismo (percibido como fragmentado, incapaz de sostenerse o valer por sí mismo) y aquella imagen que observa reflejada como unidad, anticipada y, por tanto, discordante con respecto a la insuficiencia orgánica. El sujeto se identificará a ella para constituir su imagen corporal, el “yo-ideal” si retomamos a Freud (1979), y será a partir de él que se construyan las demás identificaciones. En definitiva, si el cuerpo nos es dado a partir de una imagen, siempre tendrá este carácter de exterioridad, de alteridad, de discrepancia o conflicto, tal como mencionamos al inicio.

Al mismo tiempo, para la asunción de esa imagen unificadora resultará fundamental la función del Otro, que libidinice ese cuerpo por-venir con su palabra y su mirada, que nos aloje en su deseo. Para verse primero hay que ser visto por el Otro que irá trazando sus

recortes. Se lee aquí que es el pasaje por el campo del Otro lo que posibilita la autenticación de la imagen.

Sin embargo, en el Seminario 10, Lacan (2020) plantea que siempre hay un resto

en el investimiento de la imagen especular, es decir, hay algo que no pasa a la imagen, que queda sustraído de ella, de manera tal que no habrá adecuación absoluta entre el cuerpo y la imagen del espejo. Este resto ( $-\phi$ ) tendrá el valor de una reserva operatoria del deseo, en tanto es gracias a eso que se sustrae de la imagen que el sujeto desea; para que haya deseo la imagen no puede ser completa, tiene que estar atravesada por una falta. Entonces, si bien la imagen puede parecer total, buscando tapar la falta, siempre se cuelga allí algo de lo imposible de calcular, de lo inesperado, poniendo en jaque nuestro armamento fantasmático, aquel que nos aseguraba cierta posición frente al Otro.

Este breve recorrido por algunas conceptualizaciones psicoanalíticas sobre el cuerpo, abre la posibilidad de cuestionar la representación que sugiere que éste se vuelve conflictivo sólo cuando llegamos a viejos. Lo que nos permite pensar el psicoanálisis es que lo conflictivo radica en su constitución misma a partir de una imagen (con su carácter ilusorio) sancionada por el Otro. De allí la importancia que tendrá siempre la mirada del Otro, cómo somos vistos, la imagen que damos/mostramos a los demás.

Es así que, por una parte, los adultos mayores habitarán sus cuerpos atravesados por las mismas problemáticas, dilemas, pesares o placeres que supone tener un cuerpo para todo sujeto: “el cuerpo que se tiene, el que se quiere, las reflexiones de la puesta en juego de este cuerpo en torno a las relaciones amorosas, sexuales, laborales, etc.” (Bourband, 2020, p. 26).

No obstante, cuando se trata del cuerpo envejecido, el imaginario social imprime sus huellas y la distancia entre el cuerpo que se tiene y el que se quiere parece volverse abismal e intolerable. Y es que allí, bajo los ideales del cuerpo eternamente joven, la falla de la imagen se encarna en las arrugas, la flacidez, la caída, es decir, todo aquello que viene a recordarnos la no unidad de la imagen. Así, cobran otro sentido las ofertas de la industria del anti-envejecimiento (tratamientos, tecnologías, cirugías estéticas) en tanto traen consigo la promesa implícita de suturar esa falta imaginaria que tanto incómoda, considerando los estándares de la época.

Entendemos, entonces, que tal como señala Spengler (2020), “el cuerpo resulta permeable a distintas significaciones, entendiendo que cada época engendra ciertas modalidades subjetivas y de presentación del malestar” (p. 61). Desde esta perspectiva, se nos impone un primer interrogante: ¿qué se espera del cuerpo en la actualidad?

## II. Un cuerpo *anti-age*

*Somos seres mirados en el espectáculo del mundo*  
*Jacques Lacan, 1977.*

Con las coordenadas de lectura trazadas por el psicoanálisis podemos pensar que el cuerpo siempre es un cuerpo atravesado por las significaciones del Otro. De acuerdo a los desarrollos de Soler (1993), entendemos que el cuerpo se presenta como el lugar privilegiado para la inscripción de marcas (significantes) que funcionan en un doble sentido. Por un lado, otorgan pertenencia a un conjunto, por el otro, funcionan como cualidad erótica. En este sentido, ubica ciertos fenómenos sobre los cuáles es posible reflexionar, como los tatuajes, las cicatrices o la moda, incluyendo la cirugía estética. Se trata de marcas en el cuerpo que nos transforman en un objeto erótico, que nos aseguran un lugar en el deseo del Otro.

Desde esta perspectiva, consideramos que en cada época podemos rastrear ciertas formas predilectas para intervenir y modelar el cuerpo. Como plantea Aulagnier (1991), la relación con el cuerpo estará ligada a la forma en que el sujeto “oye, deforma o permanece sordo al discurso del conjunto” (p. 123). Oyendo o desoyendo, resulta innegable que estos discursos nos atraviesan y que, por lo tanto, exigen un trabajo de

cuerpo implica un diálogo constante con el imaginario social que señala cómo se debería tenerlo, esto es, qué marcas conviene inscribir o, como veremos, qué marcas se deberían ocultar en pos de pertenecer o de constituirse como objeto erótico. Ahora bien, ¿qué es lo que se oye en la actualidad sobre el cuerpo? ¿Qué significantes resuenan en los medios de comunicación o en las redes sociales?

Benitez (2020) señala que el cuerpo en la actualidad se presenta como algo a domesticar o reconstruir a través de distintos medios y técnicas que permitirían alcanzar un bienestar ideal, un estado de plenitud y de equilibrio. Se refiere a ellas como técnicas del amor, en el sentido de que marcan el rumbo que se debe seguir para hacer entrar al cuerpo en un orden.

En la contemporaneidad, vemos que este orden se caracteriza por la primacía de la imagen, por lo cual gran parte de este bienestar que se pretende alcanzar está ligado al “verse bien”. Verse bien para sentirse bien, o sentirse bien para verse bien, todo bajo el mensaje del amor propio. “Amate a vos mismo”, se ha convertido en un imperativo y en los imperativos el mercado encuentra un lugar. Para los que no cumplen con el nivel suficiente de amor propio, para quienes no logran un “yo lo suficientemente fuerte”, el catálogo incluye una gran variedad de ofertas. Basta con observar unos minutos del espacio publicitario televisivo para notarlo. Allí el cuerpo aparece siempre adjetivado: cuerpos perfectos, cuerpos reales, cuerpos trabajados, cuerpos jóvenes. Lejos están estos adjetivos de resultar totalizadores ya que, tratándose del cuerpo y de su imagen, siempre habrá algo que se escape, que no cierre del todo.

A partir de esa brecha que nunca podrá ser saldada, surgen toda una serie de objetos de consumo (cosméticos, tratamientos, cirugías, entre otros) que prometen una imagen consistente, sin falta. Sin embargo, como el objeto de la pulsión, los objetos de consumo son contingentes, variables e implican una frustración ya que nunca será eso. En el circuito de consumo, los ideales se rodean, se bordean, y en una mezcla de placer y decepción se constituye el cebo perfecto para el deseo: la promesa de que nada falte y, al mismo tiempo, que nada nos alcance. Siempre se podrá tener un cuerpo un poco más trabajado, un poco más joven, un poco más perfecto.

En este sentido, la antropóloga Paula Sibilia (2012) explica que hoy en día el cuerpo es considerado como un capital y que, como tal, debe ser administrado adecuadamente. Podemos leer allí el modelo empresarial característico de los discursos neoliberales: *ser el propio jefe* de tu cuerpo, llevar adelante la gestión de los riesgos que implican ciertos estilos de vida (los que alejan del ideal), regular los placeres, administrar la salud, diseñar el cuerpo y calcular las inversiones en pos de la buena forma.

Entonces, ¿cuáles son las inversiones que *conviene* realizar para elevar el valor del cuerpo? ¿Cuál es el cuerpo con más valor para el mercado? En la publicidad es posible rastrear las narrativas o discursos vigentes en torno al cuerpo, y esto no sólo en lo que efectivamente se muestra sino también en lo que permanece oculto o invisibilizado. Los ejemplos más clarificadores los encontramos en las publicidades de productos cosméticos que proponen “aumentar el capital-juventud”. En estos mensajes se trasluce la idea de que el mayor valor del cuerpo está en la adolescencia o la juventud, luego resta ir invirtiendo individualmente en nuestra apariencia para esconder su pérdida de valor.

Esta supuesta pérdida de valor se deduce de las marcas del paso del tiempo en el cuerpo y su imagen: arrugas, canas, pérdida de firmeza, manchas, líneas de expresión, entre otras. Si la buena forma es la del cuerpo joven, las señales antes mencionadas caen del lado de la deformidad, de lo que conviene no ver ni mucho menos dar a ver, si lo pretendido es mantenerse rentable. La industria que promete anticiparse al “horror” y prolongar la juventud deja claro su objetivo desde su nominación. Se trata de la industria

del *anti-age* o anti-envejecimiento, una alianza entre el mercado, la publicidad (en medios de comunicación y redes sociales) y la ciencia.

Entre las indicaciones de este arsenal tecnocientífico podemos leer: anticipar, enlentecer, disimular, atenuar e incluso prevenir (¿para no lamentar?) los signos de la edad. En relación al discurso o la terminología utilizada en la promoción de los productos *anti-age*, hay dos cuestiones que nos interesa destacar a partir de la lectura de López

6

Cantos (2016). En primer lugar, la metáfora bélica, ya que se habla de luchar o combatir las marcas corporales del envejecimiento. Esta lucha debe ser persistente y continuada si se quiere lograr la mayor efectividad posible. En segundo lugar, la utilización de vocabulario científico, entendiendo que para el saber común representa un lugar de autoridad, brinda estatus de verdad, de manera tal que quedaría asegurada la neutralidad y precisión que esta “batalla” requiere.

La alusión a la ciencia, sobre todo a la medicina, nos habla de un proceso más amplio y complejo que recae sobre el envejecimiento. Nos referimos al avance de la medicina sobre aspectos inherentes a la condición humana y al propio curso de la vida. En este caso, la medicalización recae sobre el proceso de envejecimiento. Si bien se trata de un proceso vital que abarca toda la vida, se lo instala como un “conflicto” inherente a la vejez, tal como señalamos en el primer apartado.

En relación al fenómeno de la medicalización del envejecimiento, Rodríguez Zoya (2013) propone dos lecturas posibles, haciendo hincapié en las tecnologías dirigidas a evitar la visibilidad de la vejez en el cuerpo. La primera es que los productos de la industria del *anti-age* se constituyen como prótesis tecnológicas, ya que vendrían a suplir o reparar el déficit que implica el envejecimiento. Desde esta perspectiva el déficit tendría que ver con que el envejecimiento encarna una amenaza de muerte. Los cambios en el cuerpo y el deterioro vendrían a recordarnos nuestra propia finitud, por lo que las apuestas de la ciencia no se limitan a disimular lo que es visible en la superficie del cuerpo, sino que van mucho más allá.

En consonancia con esta lectura, Sibilia (2005) postula que el cuerpo humano está quedando obsoleto a la luz de los nuevos desarrollos científicos, los cuales permitirían ir más allá de los límites de la biología. Uno de los límites que se pretende trascender es el eje temporal de la existencia, mediante la lucha contra el envejecimiento y la muerte. La tecnociencia no ha podido aún contra esta última, pero continúa trabajando en pos de reprogramar los cuerpos para tornarlos inmunes al paso del tiempo. El sueño de la eterna juventud continúa vigente.

La segunda lectura que propone el autor es una crítica a la anterior, para lo cual parte de una distinción entre necesidades vitales y necesidades culturalmente creadas. Propone, entonces, resignificar el concepto de prótesis para pensarlo en términos de tecnologías construidas en pos de la satisfacción de deseos creados en el marco de nuestra cultura. De esta manera nos permite pensar que el déficit que se pretende suplir no es biológico, sino fruto del anhelo por un cuerpo y una imagen que se ajusten a los modelos socialmente construidos de belleza y de salud.

Llegados a este punto estamos en condiciones de reflexionar en torno a lo que constituye un elemento fundamental del pavor frente al envejecimiento y, por consiguiente, de toda la industria que se monta con el objetivo de evitarlo. Nos referimos a lo que se conoce como viejismo, un término acuñado por el psiquiatra Robert Butler en los años 70 e introducido en Argentina de la mano del psicoanalista Leopoldo Salvarezza (2011). Él plantea que en la base de las conductas negativas (conscientes o inconscientes) hacia los adultos mayores, se encuentran una serie de prejuicios y estereotipos discriminatorios sostenidos únicamente en la edad. Lejos de ser una conducta simple, está atravesada por múltiples dimensiones: históricas, culturales, sociales, psicológicas, etc.

El vejeísmo es parte de un entramado social en el cual la identidad está en gran parte determinada por la imagen o por el estado de nuestro cuerpo, configurando un régimen de visibilidad. ¿Se muestran los cuerpos viejos? ¿De qué manera se muestran? Los estereotipos y prejuicios van delimitando lo pensable y lo tolerable, lo mirable y lo deseable.

Butler (1993) describe con claridad lo que subyace a estos prejuicios: “Vemos a los jóvenes temiendo envejecer y a los viejos envidiando a la juventud. (...) Por detrás del vejeísmo encontramos un narcisismo corrosivo, la incapacidad de aceptar nuestro destino futuro. Estamos enamorados de nosotros mismos jóvenes” (s.p).

Esto nos permite pensar que la industria del *anti-age* no emerge por generación espontánea sino que es el resultado de una sociedad *anti-age*, de un imaginario social que

7

censura el cuerpo viejo y que pretende, en ocasiones a cualquier costo, evitar lo inevitable: el hecho de que vivir nos envejece.

### III. Un cuerpo que envejece

*Me llegará lentamente y me hallará distraído  
Probablemente dormido sobre un colchón de laureles  
Se instalará en el espejo, inevitable y serena  
Y empezará su faena por los primeros bosquejos  
Alberto Cortez, 2000.*

A lo largo de la historia, los artistas han encontrado en la vejez una musa inspiradora o, por lo menos, el deseo de retratarla, de cantarle y escribirle, incluso de personificarla. De esta manera, han logrado captarla en la estrofa de una canción, en un trazo o un gesto. Pero también, cabe pensar en la posibilidad de que sea la vejez quien haya encontrado a los artistas y que, entonces, el arte sea una forma de acercarse a ella, de conocerla y transitarla. En ocasiones el acercamiento es paulatino, mediante un ejercicio de pensamiento, y así nos encontramos con un Serrat que imagina y supone cómo será o cómo debería ser llegar a viejo. Otras veces vemos la vejez desde afuera, tocando al de al lado, tal como la ve Piero cuando canta sobre su viejo, triste y solitario, caminando lento. Y bajo la pluma de Wilde (2007), por su parte, la vejez aparece en el rechazo que experimenta el aristócrata Dorian Gray, tan obstinado en permanecer bello y joven que consigue que su retrato envejezca por él.

En estas obras vemos plasmadas inquietudes que, en algún punto, nos atraviesan a todos, más allá de la edad. De hecho, Piero tenía 24 años cuando escribió su famosa canción y Wilde estaba en sus treinta cuando pensó en Dorian Gray. La construcción de un sentido en la vida, la continuidad de la identidad a través del tiempo, el trabajo de duelo por el cuerpo de la juventud, entre otros, hacen del envejecer un desafío para toda subjetividad. Desafío que no se inicia al cumplir una determinada cantidad de años, sino que está íntimamente ligado a la forma en que nos posicionamos frente a la vejez y sus temáticas, aún siendo jóvenes.

Lo cierto es que la vejez no llega de un día para otro (aunque para algunos, como veremos más adelante, se perciba de esta manera). La vejez se nos aparece anticipadamente de diferentes maneras a lo largo de la vida, la descubrimos en marcas sociales y biológicas. La vemos en nuestros abuelos, en nuestros padres, en un diálogo con alguien más joven, en un niño que nos trata de usted, en libros, películas o canciones. Sin embargo, hay una anticipación que resulta particularmente inquietante: la de las marcas del paso del tiempo sobre la imagen, más aún cuando se trata del propio

reflejo en el espejo. Ahora bien, ¿por qué esta experiencia resulta inquietante? ¿Qué procesos psíquicos se ponen en juego ante esta nueva imagen?

Para responder estas preguntas es necesario retomar lo planteado en relación al cuerpo en el primer apartado. Desde el psicoanálisis se considera que la relación con el cuerpo está mediada por una imagen o imago. Lacan (2009) recurre a la experiencia del infante ante el espejo para explicar la discordancia fundante entre la prematuración del organismo, que se percibe como fragmentado, y aquella imagen en el espejo que otorga unidad y consistencia, permitiendo la constitución de un *yo ideal*. Sin embargo, aquella unidad es ilusoria, tiene el carácter de una ficción que otorga estabilidad frente a la inermidad y el desamparo. El acceso al plano simbólico, castración mediante, permite la constitución de los ideales del yo y, a partir de allí, la completud y la perfección estarán atravesadas y marcadas por la falta, falta que habilitará la circulación del deseo.

Ahora bien, la experiencia del espejo se invierte en el caso del envejecimiento. Diana Singer (2007) explica que estos pequeños indicios reflejados en el espejo pueden generar quiebres en la imagen, trasluciendo aquello que se había dejado de lado cuando se constituyó el yo ideal, esto es, las fantasías de fragmentación y aniquilación. Esta

8

experiencia resulta inquietante en tanto la imagen ya no brinda cohesión, ya no anticipa unidad sino que se transforma en el recordatorio de que no somos eternos u omnipotentes, abriendo así una herida narcisista.

Al mismo tiempo, la dialéctica temporal entre el cuerpo y la imagen se actualiza, ya que el envejecimiento se anticipa en la imagen (canas, arrugas, calvicie), pero, a su vez, la percepción que tenemos de nosotros mismos, de nuestro cuerpo, es otra. Comenzamos a vernos viejos, pero puede que no nos sintamos así. Es una percepción a destiempo, “es la particularidad de la vejez en el ser humano, porque es la particularidad del ser humano: la discordancia entre lo que se siente, lo que se aparenta y lo que se es” (Zarebski, 1994, p. 39).

De esta manera, la vejez, como canta Cortez en su canción, se instala en el espejo. Espejo que recorta nuestra imagen, que no alcanza a dar cuenta del cuerpo, que nos separa de él, pero que también nos permite reconocer que el tiempo pasa y deja sus huellas. No será tarea fácil si tenemos en cuenta que el inconsciente es atemporal, de allí la extrañeza frente a las primeras impresiones. Los desarrollos de la Dra. Graciela Zarebski (2005a), referente de la psicogerontología en nuestro país, nos permiten comprender que la cuestión estará en el trabajo psíquico que se inaugura ante esos rastros, en la posibilidad de metabolizarlos, en la dialéctica entre el inconsciente atemporal y las marcas (biológicas, estéticas, sociales) del paso del tiempo. Al tratarse de un proceso gradual, la elaboración anticipada de estas marcas permite que los sutiles efectos siniestros no se consoliden en un envejecimiento patológico. Serán efectos “sutiles” en la medida en que sean de carácter instantáneo y superados con relativa rapidez.

Para comprender por qué se habla de efectos siniestros es necesario partir de la lectura de Freud (2003) acerca de lo *unheimlich*, esto es, lo siniestro u ominoso, de acuerdo a su traducción en español. En un detallado análisis lingüístico, Freud plantea que el término *unheimlich* incluye dos significados opuestos: *heim*, lo conocido o familiar y el prefijo *un*, que implica una negación. Esto le permite definir a lo siniestro como lo extraño en lo familiar.

Esta definición nos permite reafirmar lo planteado hasta aquí: las primeras impresiones del envejecimiento generan extrañeza, sorprenden, inquietan, resquebrajan la familiaridad que nos brindaba la imagen de la juventud. Se trata de marcas que se inscriben dando lugar a una nueva imagen, a un nuevo cuerpo, por lo que, superada la extrañeza inicial se inicia un trabajo psíquico de familiarización.

Sin embargo, en el mismo texto Freud plantea una segunda definición, ya que

explica que hay quienes vinculan lo ominoso con la novedad o lo imprevisto (ya no tanto con lo familiar), y es a partir de esas observaciones que arriesga otra definición: aquello que debía permanecer oculto y sale a la luz, se desvela.

En este punto y en relación a la temática que nos convoca, cabe preguntarnos: ¿qué es lo que debe permanecer oculto a medida que envejecemos? O, mejor dicho, ¿qué se espera socialmente que permanezca oculto? ¿Qué sería aquello que no debería ver la luz? ¿Qué papel juega lo que hemos denominado como sociedad del *anti-age* en este efecto siniestro?

Cuando a fines del siglo XIX Oscar Wilde publica “El retrato de Dorian Gray”, la idea de la eterna juventud era sólo eso, una idea, una fantasía, algo que sólo podría ocurrir por arte de alguna inexplicable y extraña magia. En la actualidad, la eterna juventud es un proyecto tecnocientífico: si vamos a envejecer, que se note lo menos posible. Mantener una imagen joven se ofrece como posibilidad, una con costos elevados pero que permite (o eso promete) que nuestro cuerpo continúe siendo objeto de deseo. En la sociedad del *anti-age* el deseo parece ser cosa de jóvenes y, entonces, mejor que lo que nos haga ver viejos no vea la luz.

En este contexto, el ideal del cuerpo *anti-age* es la fantasía de muchos, de un cuerpo que permanezca inmutable con el paso de los años. Por distintos medios se trata de tapar o velar esa falta que tanto ruido hace en el espejo. Puede pensarse en términos de mascarada, este *como sí* que se utiliza para velar lo real, para hacer creer que hay algo

9

allí donde no hay nada, con el objetivo de asegurarnos un lugar en el deseo del Otro, como objeto de deseo (Spengler, 2020).

De esta manera, el trabajo psíquico que conlleva el envejecimiento, de metabolización de las marcas del paso del tiempo, encuentra una dificultad extra en el marco de una sociedad que invisibiliza el cuerpo viejo o lo muestra como algo a combatir. Los sutiles efectos siniestros se relacionan, entonces, no sólo con esta nueva imagen a metabolizar sino también con el hecho de encontrarnos con lo que socialmente se pretende ocultar o postergar por el mayor tiempo posible, pero que inevitablemente termina saliendo a la luz.

Por consiguiente, la elaboración psíquica del envejecimiento implicará también un trabajo de cuestionamiento del imaginario y las representaciones sociales instituidas en torno a la vejez, muchas de ellas ligadas a la enfermedad, la dependencia y la impotencia. De esta forma, trascendiendo los estereotipos asentados en el viejismo, podremos vislumbrar que hay otras vejezes posibles.

Esto no implica desconocer las limitaciones sino más bien entender que *no todo* son limitaciones, que la vejez no es sólo pérdida y que incluso las limitaciones habilitan otras posibilidades hasta entonces impensadas. Se trata de comprender que la vejez no es pura pérdida o que, en todo caso, la juventud no era pura ganancia: nunca se pudo todo. Como advierte Boschan (1991), “en las vicisitudes en torno a la preservación o renuncia a la omnipotencia está lo que podríamos denominar el dilema narcisista del hombre frente al tiempo” (p. 337). Cuando no se sucumbe ante la herida narcisista, cuando renunciar a algo no significa abandonar todo, el deseo encuentra su curso, se crean nuevos sentidos y formas de transitar la vejez, diversificando los ideales.

Pero esto, como anticipamos al comienzo, no es sólo “cosa de viejos”. La consideración del propio envejecimiento nos habla de un narcisismo constituido de manera tal que nos permita tolerar los límites, sin renegar de ellos, sin pretender taparlos a cualquier costo, que sabe que la completud está perdida y que es capaz de investir nuevos objetos, de sobreponerse a las ausencias y a la caída de un ideal para poder construir nuevos. En consecuencia, podemos sostener que, tal como plantea Zarebski

(2005a), el envejecimiento conmueve al narcisismo, al armado del cuerpo a lo largo de la vida. Desde esta perspectiva, la autora deja clara su postura con respecto a la prevención, que apuntará a evitar el colapso del narcisismo cuando envejecemos:

Llega mejor parado a la vejez, quien es capaz de enfrentarse a su propia inconsistencia, quien es capaz de soportar la incertidumbre de vivir, quien tuvo recursos para encontrar salidas creativas frente al desamparo que a todos, de una u otra manera nos atraviesa (Zarebski, 2005, s.p.).

Anticiparse al envejecimiento, desde la óptica mercantil *anti-age*, implica renegar del envejecimiento durante la mayor cantidad de tiempo posible, invertir durante toda la vida para que la vejez no se haga notar, escaparle a la afrenta narcisista, como si verse joven aseguraría sentirse joven. Por el contrario, anticiparse al envejecimiento, para la psicogerontología, es incluir a la vejez en el proyecto de vida, interrogar y relativizar las representaciones sociales sobre la vejez, reconocer el paso del tiempo con sus marcas y lograr mantener una continuidad identitaria, sobreponerse a los sutiles efectos siniestros. Reconocer las pérdidas para no ahogarnos como narciso en el propio reflejo, para no horrorizarnos como Dorian frente a nuestro retrato, tal como veremos en el próximo apartado.

#### IV. Un cuerpo a lo Dorian Gray

*-Tengo celos de todo aquello cuya belleza no muere. Tengo celos de ese retrato que has pintado. ¿Por qué tiene él que conservar lo que yo tengo que perder? Oscar Wilde, 2007.*

10

Para el joven Dorian Gray era prácticamente imposible pasar desapercibido. Su belleza era motivo de comentarios dentro de su círculo social y todas las miradas apuntaban hacia él apenas daba un paso en algún evento. No era extraño, entonces, que un pintor como Basil Hallward, profundamente admirado por su apariencia, quisiera retratarlo. La vida de Dorian cambia abruptamente al conocer a Lord Henry, un amigo de Basil con ideas bastante peculiares acerca de la vida. Desde un extravagante hedonismo, postulaba que esta debía regirse por la belleza, los placeres, las pasiones, es decir, todo aquello que permita un disfrute inmediato a través de los sentidos. Por supuesto que, para alguien con esas ideas, la belleza y la juventud de Dorian resultaron sumamente cautivantes. Fascinado, se dirigió al joven para hablarle acerca de la importancia de aprovechar esos “recursos”, los cuales le permitirían todo el éxito y la plenitud que él deseara. Pero al ver la duda de parte de Dorian, puso toda su vehemencia en advertirle acerca de que todo aquello era transitorio, que los años le quitarán todo lo que ahora lo hace quien es, y que allí ya no habrán triunfos, sólo sufrimiento y pesar frente al anhelo de aquella juventud, tesoro de todo el placer y la felicidad.

La temática de lo transitorio ha ocupado, también, al padre del psicoanálisis, tal como vemos en su texto del año 1916. Curiosamente, el disparador para escribirlo también fue una charla con alguien más joven. Parece ser que mientras paseaban al aire libre, un joven poeta le comentaba a Freud que era incapaz de disfrutar plenamente de la belleza de la naturaleza porque sabía que, llegado el invierno, todo aquello desaparecería. Es así que Freud plantea que ante la prescripción de lo bello pueden surgir dos mociones: “una lleva al dolorido hastío del mundo, como en el caso de nuestro joven poeta, y la otra a la revuelta contra esa facticidad aseverada” (Freud, 1979, p. 309).

La novela de Wilde nos habla justamente de esa revuelta. Es así que, conmovido por la charla, Dorian se acercó a ver su retrato casi terminado. Por primera vez, no renegó

de los dichos sobre su apariencia, pudo reconocer su belleza y se detuvo a admirarla, como si se mirase en un espejo. Sin embargo, este comenzó a empañarse con rapidez. Las palabras de Lord Henry vinieron a su mente: aquel rostro suave y liso comenzaría a arrugarse, los ojos perderían su brillo, su cuerpo se marchitaría, tal como observaba el poeta con respecto a la naturaleza. Desde ese momento, la actitud de Dorian fue otra, la tristeza y el enojo se apoderaron de él: aquel retrato lo atormentaría recordándole que cada día que pasa él se iría alejando de esa imagen perfecta. Entonces no pudo menos que desear que sea el retrato el que envejezca, mientras él conserva toda su esplendorosa juventud. Y su deseo fue escuchado, pero nada bueno sucedió de allí en más.

El relato de Lord Henry anticipó una vejez siniestra y el protagonista paga con su alma la decisión de verse eternamente joven. Dorian Gray no fue capaz de cuestionar o relativizar las ideas de su interlocutor, más bien la respuesta frente a ese sutil efecto siniestro fue la huida, el rechazo. Incluso si su deseo no se cumpliera, había prometido matarse ante el menor indicio de envejecimiento. La imposibilidad de elaborar anticipadamente el envejecimiento hace que la vejez se vivencie como algo que *se viene encima*: si no hay continuidad entre lo que fui, lo que soy y lo que posiblemente seré, si no puedo reconocerme a través de los cambios, puedo llegar a convertirme en un viejo desconocido.

Ahora bien, para que las palabras de Lord Henry surtan tal efecto en el protagonista, hace falta algo más que un gran poder de convencimiento. La tesis de Zarebski (2005a) es que existen determinadas condiciones psíquicas que pueden dar lugar a un envejecimiento patológico. Esas condiciones están ligadas al armado de la propia identidad, es decir, a la dimensión narcisista. Para desarrollar esta idea retoma el mito de Narciso (Ovidio, 1983), el cual tiene bastantes similitudes con la novela de Wilde. Tanto Dorian como Narciso se encontraban cautivados por su propia imagen; el retrato de Dorian es el río en el que Narciso no podía dejar de mirarse. El efecto de fascinación tiene que ver con una imagen sin falta, sin pérdida, sin desgaste, una imagen que no soporta ninguna grieta. Pero esa imagen es una ilusión que cae por su propio peso, sostenerla supone pagar un costo subjetivo muy alto. Más allá de mitos y novelas, día a día vemos personas renegando del paso del tiempo, haciendo caso omiso de la metamorfosis propia de la edad:

11

Será por eso que “los Narcisos” que llegan a viejos son los que logran eludir la prueba de la fuente. Aquellos que fueron exitosos en lograr espejos que les devuelvan una imagen inmaculada (a costa de los que aceptaron cumplir ese papel) y que siempre supieron retroceder a tiempo ante el menor atisbo de aparición de la falta (Zarebski, 2005, p.89).

Siempre han existido múltiples formas de eludir la *prueba de la fuente*. Las subjetividades de nuestra época, como vimos en anteriores apartados, creen poder hacer un tratamiento de la imagen mediante el consumo de productos del mercado, muchos de ellos respaldados por la ciencia. Para un Dorian Gray del siglo XXI no sería necesario pagar

con su alma ya que podría optar por invertir en su imagen en cómodas cuotas o quizás, si el retrato fuese una selfie, dejaría que el bistrú digital haga el trabajo. Lo que no ha cambiado, a pesar de los avances techno-científicos, es el momento de desengaño, el quiebre de la fascinación, el instante donde el tiempo logra hacer mella en la imagen. Y lo logra con toda la intensidad de lo siniestro cuando durante toda la vida se le huyó a la falta, a las vulnerabilidades, y se sostuvo, al contrario, una imagen inquebrantable, impermeable al tiempo. Desde esta perspectiva podemos pensar que Dorian está ubicado en el lugar de yo ideal, lo cual nos habla de una falla en la elaboración de la castración.

El camino hacia un envejecimiento patológico comienza, entonces, con un narcisismo patológico que, ante las marcas del paso del tiempo, moviliza mecanismos defensivos. En relación a estos mecanismos, Bleichmar (1978) se refiere a la tensión narcisista que se genera ante un colapso inminente y, para ello, hace alusión a lo que Freud (1996) denomina como angustia-señal. Esta se desencadena ante la posibilidad de una situación traumática, como un anticipo. La tensión narcisista operaría de la misma manera que la angustia-señal y sería la encargada de poner en marcha los mecanismos de defensa propios del narcisismo, que son aquellos que buscan restituir el yo ideal para evitar el colapso, el cual va desde caídas recurrentes hasta las demencias, la melancolía o el suicidio. El autor menciona como ejemplos de mecanismos defensivos a la renegación o desmentida, el clivaje del yo y la negación. En relación a esta última, plantea que suele ir acompañada del refuerzo de conductas que en el pasado proporcionaban gratificaciones narcisistas, pero ya no en el presente, dando la sensación de ser caricaturas de la juventud.

Estos mecanismos defensivos impiden la gradual metabolización de las marcas del envejecimiento. El yo se transforma en una coraza, incapaz de incorporar los cambios, de dialectizar con la realidad del paso del tiempo. Es por eso que Dorian decidió esconder su retrato bajo llave, no quería enfrentarse con aquella verdad. Pero lo oculto empuja para salir a la luz. El sólo hecho de saber que ese cuadro existía torturaba al protagonista, ocupaba todo su pensamiento, se sentía perseguido, en peligro constante. Podríamos decir que se encontraba bajo tensión narcisista. Cuando los mecanismos de defensa ya no alcanzan frente a las evidencias del paso del tiempo, las cuestiones del envejecer irrumpen de forma brusca y sorpresiva, como algo que no se vio venir y que viene a romper con la continuidad identitaria. Y así, Dorian termina violentamente con su retrato, sin llegar a darse cuenta que en ese mismo instante termina consigo mismo.

Cuando se llega a un envejecimiento patológico, se termina retroalimentando la dimensión cultural en tanto, como establece Zarebski (2005a), se consolida una imagen de vejez siniestra, esto es, la vejez tal como se imagina en los prejuicios propios del viejismo.

## V. Un cuerpo en construcción

*El cuerpo es un andamiaje, un armazón, un atavismo, un cúmulo de dolores y placeres.  
(...) Es una conquista que cuesta cuerpieros, puerperios del cuerpo, tiene sus propios  
duelos  
Bourband, 2020.*

12

Concebir la relación con el cuerpo como una construcción siempre inacabada, nos deja en una posición favorable para pensar las posibilidades de nuestra práctica en el campo de la psicogerontología, pero también más allá de él. En primer lugar, porque nos obliga a revisar los avatares de su construcción, a historizar esa relación, para no hacer atribuciones basadas en prejuicios. En segundo lugar, porque nos permite pensar en la prevención del envejecimiento patológico, donde la relación con el cuerpo pueda ser uno de los desencadenantes.

Los Dorian y los Narcisos no llegan al colapso sin dejar señales previas y es justamente allí donde radica la posibilidad de realizar un trabajo preventivo. Para esto, resultará fundamental poder escuchar y detectar los factores de riesgo psíquico que podrían dar lugar a un envejecimiento poco saludable. Entre los puntos claves que señala

Zarebski (2005b) nos interesa destacar tres que están profundamente interrelacionados y que dejan entrever la dialéctica entre lo socio-discursivo y lo subjetivo, tal como argumentamos en este ensayo.

En primer lugar, el funcionamiento al modo del “todo o nada”, esto es, creer que la juventud atesora todo lo bueno, mientras que en la vejez nos espera todo lo malo. En la misma línea y como segundo punto, nos encontramos con las posiciones nostálgicas, del tipo de “todo tiempo pasado fue mejor”. Consideramos que estos dos factores están íntimamente ligados al imaginario social en torno a la vejez, con sus concepciones centradas en el déficit o la patología, y que su incidencia podría ser mayor en el terreno de las perturbaciones del narcisismo. Desde el lugar que nos ocupa, no podremos poner fin a los prejuicios de la sociedad, pero sí generar espacios para el debate y el auto cuestionamiento, para poder escuchar en qué medida estos discursos condicionan nuestra propia manera de concebir y anticiparnos a la vejez.

Por último, nos interesa destacar la dificultad en la elaboración de los duelos como otro factor de riesgo psíquico en el envejecimiento. Si el colapso narcisista conlleva un quiebre en la continuidad identitaria, el desafío será poder posicionarse frente a las pérdidas propias de la vejez sin que estas signifiquen una pérdida subjetiva total. En definitiva, es un desafío que nos acompaña durante toda la vida, porque remite a la posición frente a la castración: entender que no podemos ser o tener todo siempre (Zarebski, 2022).

Duelar el cuerpo de la juventud significa aceptar sus faltas o limitaciones, dejar caer aquellos ideales culturalmente impuestos, aquellos que prometen completud y que terminan por obturar el deseo. Se trata de resignificar la pérdida para pensarla como algo que habilita, que siempre estará allí y que, por lo tanto, nos invita a movilizar recursos creativos para encontrar nuevos sentidos. Duelar el cuerpo *anti-age* para poder habitar un cuerpo que envejece y que, aún, puede seguir deseando.

## REFLEXIONES FINALES

A lo largo de este recorrido, hemos puesto entre paréntesis algunas representaciones habituales sobre la adultez mayor y el envejecimiento que, saturadas de sentido común, circulan bajo la forma de verdades a las que es difícil escapar. La reflexión sobre esta temática, desde el marco teórico psicoanalítico, se constituye como un disparador para comenzar a horadar las generalizaciones respecto a la vejez y, de

esta manera, abrir paso a la contingencia y a las singularidades en la forma de transitar este momento de la vida.

En particular, este ensayo se ocupó de la relación con el cuerpo en la adultez mayor, una relación que se suele definir rápidamente como conflictiva o problemática. En otras palabras, se establece la idea de que una vez que nos instalamos en la vejez, nada bueno se puede esperar del cuerpo o que es muy poco lo que se puede hacer con él. Es allí donde el psicoanálisis nos permite pensar en una primera salvedad, una primera grieta en esta clausura de sentido: la relación con el cuerpo es conflictiva para todo sujeto desde su constitución. El cuerpo no es el organismo. Se llega a tener un cuerpo a partir del pasaje por el campo del Otro y es esto lo que, paradójicamente, hace que nunca lleguemos a “tenerlo” del todo. Es por eso que siempre resultará un poco ajeno, incómodo, fuera de lugar. En este sentido, la pregunta que se impone es qué hace el sujeto con esa incomodidad, qué hace para *ponerlo en su lugar*. La respuesta, una vez más, pasa por el Otro.

De esta manera, vimos que el cuerpo es permeable a las significaciones del Otro, en tanto estas le permiten garantizarse un lugar en su deseo. Es por eso que destacamos la importancia del imaginario social y los discursos de época que, con el respaldo del mercado, marcan el camino y las formas predilectas de intervenir y modelar el cuerpo. Hablamos de un cuerpo *anti-age* para referirnos a la idealización del cuerpo joven y, como contrapartida, a la invisibilización de todo cuerpo que deje ver las marcas del paso del tiempo. La industria tecno-científica *anti-age* invita a invertir para anticiparse a esta supuesta pérdida de valor del cuerpo. Detrás de este rechazo al envejecimiento, se encuentra latente lo que Salvarezza denominó como viejismo, es decir, prejuicios y estereotipos con respecto a la vejez. Damos cuenta, entonces, de que no se trata únicamente de una industria, sino de una sociedad *anti-age*, que apunta a censurar el envejecimiento, a evitar lo inevitable.

Asimismo, la descripción de este escenario nos permitió reflexionar en torno a las injerencias de este entramado socio-discursivo sobre los procesos psíquicos que conlleva el envejecer. Desde el concepto de siniestro, pudimos pensar las implicancias del encuentro con una nueva imagen en el marco de una sociedad que se esfuerza por ocultar el paso del tiempo. A su vez, desarrollamos la idea del cuerpo *anti-age* como fantasía, vinculándola con el concepto de mascarada. De esta forma, encontramos que el trabajo de elaboración psíquica ante el envejecimiento, encuentra una dificultad extra en este contexto. No solo se debe metabolizar esta nueva imagen, sino que, como parte de este trabajo, se deben poder cuestionar y relativizar aquellos discursos estigmatizantes.

En este punto, la referencia al narcisismo se volvió fundamental. El paso del tiempo pone en jaque la ilusión de omnipotencia y nuestra forma de posicionarnos frente a las pérdidas. Es allí donde se abre la encrucijada entre un envejecimiento saludable y uno patológico. Este último tiene que ver con eludir las pérdidas, vivir en la ilusión de la imagen que no se desgasta, hasta que esta caiga por su propio peso y resquebraje la identidad. Se trata de un yo que, incapaz de incorporar los cambios, se vuelve una coraza susceptible de quebrarse ante cualquier amenaza que rompa la fascinación con la imagen. Un envejecimiento saludable, en cambio, supone aceptar las limitaciones y partir de allí pensar nuevas posibilidades. También implica relativizar la idea de que la juventud era pura ganancia para pensar, así, que la vejez no es pura pérdida.

En efecto, transitar la vejez de forma saludable implica concebir al cuerpo en constante construcción, entendiendo que las pérdidas no se pueden eludir para siempre, y que el duelo es imprescindible para la emergencia del deseo.

Para concluir, nos interesa dejar abiertos algunos interrogantes que resultaron de este trabajo de escritura. En tanto pretender abarcar todo también es una ilusión narcisista, esperamos que estas preguntas sean una invitación para continuar

reflexionando.

El lugar fundamental de la medicina en la oferta de tratamientos anti-envejecimiento (cirugías, fármacos, etc.), nos lleva a pensar en los desarrollos de Lacan (2006) acerca de la diferencia entre psicoanálisis y medicina, entre demanda y pedido. En este sentido, y ante el malestar frente al cuerpo que envejece, ¿qué ocurre con aquella demanda que se vió obturada con una solución médica? ¿Puede el psicoanálisis alojarla y pensar allí un efecto sujeto?

- Aulagnier, P. (1991). Nacimiento de un cuerpo, origen de una historia. En *Cuerpo, historia, interpretación*. Ed. Paidós.
- Benítez, A. C. (2020). El cuerpo entre el lenguaje y el goce: la sublimación. En *Cuerperios. Miradas polifónicas sobre el cuerpo en la época actual* (pp. 33-42). Ed. Laborde.
- Bleichmar, H. (1978). *Introducción al Estudio de las Perversiones*. Ed. Helguero.
- Boschan, P. (1991). Temporalidad y narcisismo. En *Revista Psicoanálisis*, Vol. XIII, N° 1. Ed. Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.
- Bourband, L. (2020). *Cuerperios. Miradas polifónicas sobre el cuerpo en la época actual*. Ed. Laborde.
- Butler, R. N. (1993). *Envejecimiento global. Desafíos y oportunidades del próximo siglo*. Gerontología Mundial, Año 1, n° 1.
- Cortez, A. (2000). La vejez [Canción]. En *En un rincón del alma*. Orfeón. Freud, S. (1979). Introducción del narcisismo. En *Obras Completas Sigmund Freud Tomo XIV* (pp. 65-98). Ed. Amorrortu.
- Freud, S. (1979). La transitoriedad. En *Obras Completas Sigmund Freud- Tomo XIV* (pp. 305-312). Ed. Amorrortu.
- Freud, S. (1979). 16° conferencia. Psicoanálisis y psiquiatría. En *Obras Completas Sigmund Freud- Tomo XVI* (pp. 223-234). Ed. Amorrortu.
- Freud, S. (1996). Inhibición, Síntoma y Angustia. En *Obras Completas Sigmund Freud Tomo XX* (pp. 71-164). Ed. Amorrortu.
- Freud, S. (2003). Lo ominoso. En *Obras Completas Sigmund Freud- Tomo XVII* (pp. 215-252). Ed. Amorrortu.
- Lacan, J. (1977). *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Ed. Paidós.
- Lacan, J. (2009). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos 1* (pp. 99-105). Ed. Siglo XXI.
- Lacan, J. (2006). Psicoanálisis y Medicina. En *Intervenciones y Textos 1*. Ed. Manantial.
- Lacan, J. (2020). *Seminario 10: La angustia*. Ed. Paidós.
- López Cantos, F. (2016). Envejecimiento, ciencia y publicidad de cosméticos. La eternidad en una gota de crema. En *Vivat Academia*, (135), 41-56. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=525755343004>
- Ovidio, P. N. (1983). *Las metamorfosis*. Ed. Espasa.
- Rodríguez Zoya, P. G. (2013). ¿Prótesis para la inmortalidad? Reflexiones en torno al código técnico de la biomedicalización del envejecimiento. En *Redes*, 19(37), 111- 143. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=90732858004>
- Salvarezza, L. (2011). *Psicogeriatría: teoría y clínica*. Ed. Paidós.
- Sibilia, P. (2005). *El hombre postorgánico: Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Ed. Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Sibilia, P. (2012). El cuerpo viejo como una imagen con fallas: la moral de la piel lisa y la censura mediática de la vejez. En *Comunicacao, Midia E Consumo*, 9 (26), pp. 83- 114. Disponible en [https://revistacmc.espm.br/revistacmc/article/view/345/pdf\\_1](https://revistacmc.espm.br/revistacmc/article/view/345/pdf_1)
- Singer, D. (2007). El cuerpo en la vejez, usos abusos desusos del soma a la fantasía. En *Revista Vínculo* (pp. 48-57). Disponible en [http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1806-24902007000100006&lng=pt&tlng=es](http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1806-24902007000100006&lng=pt&tlng=es)
- Soler, C. (1993). El cuerpo en la enseñanza de Jacques Lacan. En *Estudios de Psicología*. Volumen 1. Ed. Atuel.
- Spengler, M. (2020). El cuerpo como lugar de desobediencia poética/política. Notas sobre el cuerpo y poesía actual desde la perspectiva psicoanalítica. En *Cuerperios. Miradas polifónicas sobre el cuerpo en la época actual* (pp. 59-76). Ed. Laborde.
- Toso, A. (2020). *El cuerpo como objeto de consumo. Subjetividad y época*. Ed. Letra Viva.

Wilde, O. (2007). *El retrato de Dorian Gray*. 1º edición. Ed. Losada.

16

Zarebski, G. (1994). *Para no caer en la vejez: ¿usted piensa que la vejez es una caída?*. Ed. Tekné.

Zarebski, G. (2005a). *El curso de la vida: diseño para armar*. Ed. Universidad Maimónides.

Zarebski, G. (2005b). *Hacia un buen envejecer*. Ed. Universidad Maimónides. Zarebski,

G. (2022). *La identidad flexible como factor protector en el curso de la vida* [Conferencia]. Colegio de Psicólogas y Psicólogos, Prov. de Santa Fe, 2º circ., Rosario, Argentina.

